

aquel nuevo mundo. El obispo, oida la embajada, receloso de algún engaño, hizo al embajador varias preguntas por entonces, despachándolo, como quien quería consultar mas maduramente la materia. Vuelve Juan á la Virgen, que lo esperaba en la misma cumbre del cerro, y esponiéndole la respuesta del obispo, atribuyéndola á su humildad, ruega á la Señora haga eleccion de persona mas fidedigna: ánimalo la Virgen, y le manda vuelva el dia siguiente á reiterar al obispo la instancia.

A esta repetición de legacia, suspenso el ánimo, habló el obispo con mas agasajo que el dia antecedente al embajador, prometiéndole obedecer de muy buena gana si le trajese otras mas claras señas de la voluntad de la Señora. Partió Juan, encargándose de pedir las, y el obispo envió dos de sus familiares, que á lo lejos cuidadosamente observasen sus pasos y con quién hablaba en el monte; pero apenas llegó á la falda, quando desapareciéndoseles, despues de buscarlo diligentísima quanto inútilmente, volvieron á su obispo acusando al neófito de hechicero. Oye la Santísima Virgen la respuesta y petición del obispo por la boca de Juan, á quien prometió la señal para el siguiente dia, lunes. En este no pudo Juan volver á la Virgen por haber hallado en su casa á

Juan Bernardino, su tio, moribundo. Ni hubiera vuelto el mártes, si no fuera precisado de ir á llamar un sacerdote que ministrase á su tio los santos sacramentos. Para evitar de que pudiese detenerlo la Señora yendo á la ciudad por la parte que solia, varió el camino, pero en vano; porque encontrándose en él con la piadosísima Virgen, lo consuela y asegura de la salud de su tio, que en aquel mismo tiempo, apareciéndosele, le habia concedido: y le manda subir al monte y cortar las flores que hallase, para llevarlas al obispo por señas.

Cogidas, pues, estas, la misma Señora con sus virginales manos las acomodó en el vil ayate, capa de los pobres indios, y le manda las lleve al obispo sin mostrarlas por el camino á nadie. Procuraron los pajes del obispo por fuerza explorar el ayate, sin poder lograr alguna de las flores, haciendo juicio de estar en él tegidas ó bordadas. Luego que delante del obispo desplegó Juan Diego la capa, se vieron caer verdaderas, bellisimas y frescas flores, que dejando desocupado el campo del ayate, apareció en él, no solo sobre, sino contra todos los preceptos de la pintura, la Imágen Guadalupana que veneramos de la Santísima Virgen, sobre pequeño querubin sostenida, con



real diadema coronada, su túnica estendida hasta bajo el empeine de los piés, salpicada á trecho de color cándido y de brillante rojo; fuera de esto, pintada con una pequeña cruz en la garganta, juntas al pecho las manos, retratando en su dulcísimo rostro el de una indita, con los ojos agradablemente bajos: tan semejante á la apocalíptica, como que no solamente el sol con ciento y doce rayos circule todas las estremidades de la pintura y se mire bajo sus piés la luna, sino que en lugar de las doce estrellas con que aquella se corona, se cuenten cuarenta y seis, sembradas en el manto azul de esta. No hay en su pintura cosa que no sea admirable: los colores de las flores, cogidas en medio del invierno en un suelo solo feraz de espinas; el lienzo de tal manera ralo, que fácilmente se claree á los que lo vieren pasando por detrás del templo, sin que despues de tres siglos el salitre que, de la vecina laguna, corroe la plata, el oro y el hierro, haya en lo mas mínimo robado parte alguna de su prodigiosa hermosura y vivisimos colores.—Hasta aquí la historia: ¿merezco el tápalo?

*Directora.* El tápalo, hija mia, y un lindísimo túnico. Maestra, ahí le quedan á vd. cuarenta

pesos: queda vd. con el encargo de cumplir lo prometido á Luisita.

*Rector.* Primorosa ha estado Luisita los dias anteriores en materia de religion, pero hoy se ha excedido á sí misma. Me he quedado absorto al ver la maestría con que ha respondido á las dificultades que se la han propuesto, y la finura con que ha sabido desenredarse de las réplicas que se la han hecho. Con esa creencia se sale de cuantos inconvenientes puedan ocurrirnos; y por lo mismo, los mas grandes enemigos de nuestra santa religion han confesado, que esta verdad se habia conservado en todas las naciones. El gran Platon, en su Timeo, dice: *que la naturaleza humana fué corrompida en su stirpe.* Zoroastres lo tuvo por un dogma de su religion; y en los judíos hallamos vestigios de esto mismo. Por el contrario, no admitida la culpa original, todo es confusion, errores y delirios; prueba nada equívoca son en esta parte los de aquellos que viendo é ignorando el principio de tantos males como sobre las demas criaturas nos afligen, se volvieron contra la Suprema Bondad, haciéndola buena para todos, cruel para su principal criatura, y á la naturaleza, de quien se vale como criada de su ejecucion, madre de las otras, pero madrastra del hombre.



Otros, viendo y sintiendo la lucha continua que tienen entre sí la concupiscencia originada de la desobediencia de nuestros primeros padres y la parte superior de nuestra alma, que en todo reclama por sus derechos de felicidad, tratando aquella de hacernos infelices y cautivarnos en la ley del pecado, al paso que esta hace sus esfuerzos por elevarnos sobre lo terreno y unirnos á nuestro Dios; sintiendo en sí un principio de grandeza opuesto en todo á otro de bajeza que sentimos en nosotros mismos; una propension natural hácia el cielo, y otra no menos poderosa hácia la tierra, experimentando un gusto decidido por el orden y otro violento por lo que lo altera; un corazon, en fin, deseoso de su verdadera felicidad y que se deja arrastrar de lo que solo es capaz de hacerle feliz; cayeron en la monstruosa opinion de los dos principios, uno de todo bien, y otro de todo mal; poniendo en el hombre dos almas de esta clase, y aun añadiendo pertenecer al buen principio la parte superior, así como al malo la inferior de nuestros cuerpos. Todos los filósofos, así antiguos como modernos, que no se fundaron en el sólido principio de nuestra creencia, se fatigaron en averiguar la causa de tantas contradicciones, y jamas pudieron descubrirla; por el contrario, nuestra san-

ta religion nos descifra estos estraños enigmas. "Una religion tan antigua como el mundo (para espresarnos con las brillantes espresiones de un moderno apologista) viene en socorro del cristiano y le dice: hé aquí la solucion que tanto deseas: tus primeros padres fueron criados con una perfeccion que tú no tienes: desobedecieron á su Criador, y en castigo de su desobediencia quedó al instante su naturaleza corrompida y degradada: dejó su suerte de ser lo que habia sido, y quedaron sujetos á las flaquezas, á las miserias y tinieblas que tú espermentas: por ellos y con ellos te has hecho culpable y participas de su castigo, así como hubieras sido participante de su felicidad si hubieran permanecido fieles y sumisos. Este es el origen de las contrariedades que te asombran. Quédante vestigios de tu grandeza primitiva, pero están debilitados y oscurecidos por las raices del pecado que en ellos se han introducido. De aquí proviene la indeleble memoria de tu origen celestial y esa funesta propension hácia los objetos que de él te alejan. Como soberano destronado percibes la eminencia de que has caido, y sientes la inutilidad de tus esfuerzos para volver á sentarte en tu trono: buscas equivalencias á lo que has perdido, y el mundo no te las ofrece sino



falsas y aparentes. Los vislumbres de la verdad brillan á tus ojos, y al instante los prestigios de la mentira los deslumbran y oscurecen: semejante á un enfermo, te pones de un lado y no estás bien; te vuelves del otro y no estás mejor: dolorosa es tu suerte: extremo es tu mal; pero no sin remedio. Al mismo tiempo que el Señor castigó á tus padres, les prometió un libertador. El Unigénito de Dios, Dios por esencia, está encargado de expiar el crimen que causa tu desgracia, de reconciliarte con su Padre celestial, de reintegrarte en tus prerogativas originales y de curarte las llagas que te ha hecho la mordedura del pecado." Esto es, en sustancia, lo mismo que Luisita nos ha hecho ver con tanto primor, añadiendo las felicidades que nos vinieron por el pecado de nuestros primeros padres, y por lo que nuestra Directora exclamó diciendo: *Bendito sea Dios, y estaba por decir, bendito el pecado de Adán.*

*Luisa.* Así absolutamente nunca estará bien dicho; porque el pecado, considerado en sí, no debe alabarse; pero bien podemos decir que supo nuestro Dios volver al Diablo las tornas en términos, que lo que maquinó para nuestra ignominia y envilecimiento, lo convirtió en nobleza y dignidad, tal y tanta, que hasta los mismos ángeles

tuvieran envidia de nuestra naturaleza, si fueran capaces de estas pasiones.

*Maestra.* ¿Quién diría al demonio que todo un Dios hecho hombre, una muger hecha madre de todo un Dios, y el árbol de la cruz, habian de aumentar nuestras glorias, cuando por un hombre, una muger y un árbol se gloriaba de haberlas del todo destruido?

*Luisa.* Siempre puede Dios mas que el diablo, y se vuelven contra él las maquinaciones que traza contra los planes de la Divina Providencia.

*Directora.* Pero no podrá vd. negarme que consiguió el que muchísimas criaturas de las mas principales, como son todos los que se condenan no les den honor y gloria.

*Luisa.* Señorita, el mal es solamente para ellos. Por lo que hace á Dios, toda criatura le honra y glorifica: los bienaventurados con mucho gusto propio, y los condenados aunque á pesar suyo, quieran ó no quieran: todos hacen resplandecer sus atributos de bondad, misericordia y justicia. Tanto honra y engrandece á un juez, ó á un padre cuando castiga á los malos, como cuando premia á los buenos.

*Directora.* Amiguita, tiene vd. mil razones; no me habia á mí ocurrido como los mismos conde-



nados están honrando á Dios, á pesar suyo, en el infierno.

*Luisa.* No creo yo eso de la sábia penetracion de vd.: lo que creo, señorita, es, que sabe hacer bien el papel de la dudosa, y aun ignorante en todas las materias en que quiere probarnos.

*Directora.* Muchas gracias, Luisita, muchas gracias.

*Luisa.* Señorita, nada hay de gracia, todo es justicia y muy de justicia.

*Directora.* Y diga vd., Luisita, ya que está tan instruida en estas materias, ¿podrá vd. decirme tambien, y explicarme el modo de que Dios se valió para que su Santísima Madre no fuese concebida en pecado?

*Luisa.* Yo no puedo asegurar á vd. como esto fué; solo podré decir á vd. uno de los modos con que la señora Maestra nos ha hecho ver que pudo verificarse.

*Directora.* Eso me basta: ni aspiro á otra cosa; pues solo Dios sabe infaliblemente como se obró este misterio.

*Luisa.* Usando Dios de otro modo que el acostumbrado con los demas en la creacion y union del alma al cuerpo que anima: es decir á vd., no criándola en el mismo cuerpo que habia

de vivificar, como sucede generalmente, y con lo que desde luego se mancha; sino criándola separadamente, iluminándola, llenándola de gracias, y despues de esto unirla al cuerpo que le estaba preparado: de este modo ya iba prevenida para no participar de la oscuridad y tinieblas de aquella habitacion; antes por el contrario, la iluminó y enriqueció de todas aquellas gracias tan luego como entró en ella.

*Directora.* Es verdad, bien pudo ser así: porque aunque en aquel instante en que se unia el alma al cuerpo era hija de Adan, pero primero habia sido hija de Dios por sus gracias.

*Rector.* Sin entenderse eso con prioridad de tiempo.

*Maestra.* Así como el Verbo Eterno, que por la infinita bondad que tenia antes de unirse al cuerpo que tomó, no pudo contraer la mancha ó pecado original cuando esto se verificó.

*Directora.* Ahora sí que lo he acabado de entender; mucho me ha gustado el modo y el ejemplo con que vds. lo han explicado.

*Maestra.* No podemos investigar mas en tan insondables misterios, y tenemos que contentarnos con entenderlo, y hacerlo entender á nuestro modo.



*Directora.* Está visto que Dios convirtió en provecho nuestro, cuanto trazó el diablo en nuestro daño, y que de resultas del pecado de nuestros primeros padres se siguieron los sublimes misterios que tan oportunamente han hecho vds. ver obró el Señor para honrarnos, obligarnos y enriquecernos. Sucede cabalmente lo que dice San Agustín, que Dios con su infinito poder, de los males saca bienes, y así permite que haya algunos, mas bien que impedirlos.

*Luisa.* Por eso me diría á mí aquel señor que honra algunas veces nuestra Amiga, que encomendara á Dios unas cosas malas que no podía remediar por sí: que *solo Dios con renglones tuertos sabía escribir derecho.*

*Directora.* Así es; pero dígame vd. ¿por qué no hace Dios que todos vivan, y nadie se muera hasta bautizarse?

*Maestra.* Responda vd., que Dios elevó, pero no violentó ni sacó de quicio la naturaleza humana.

*Directora.* Eso no ocurría á Luisita. Solo una pregunta se me ofrece para concluir, y no quiero dejar de hacerla. ¿El fruto vedado á nuestros primeros padres, fué en realidad fruto de árbol, ó alguna otra cosa que por lo claro no se nos dice?

*Luisa.* Señora, el pecado consistió materialmente en comer del fruto de uno de aquellos árboles del Paraíso, que el Señor les prohibió en prueba de la obediencia que le debían. El pensar que consistió en alguna otra cosa, es una ignorancia crasa y maliciosa de gente tan ignorante como corrompida.

*Directora.* Basta, basta: merece vd. mil besos, y mil premios. Niñas, aprendan vds. todas á dar gloria á nuestra Amiga, preparándose para una clase de exámenes nunca vistos, y que espero sean motivo de reconocimiento de muchos infatuados, si asisten á ellos de buena fé, y oyen todo con imparcialidad. Quiera Dios sea así, y este Señor las guarde hasta otro rato tan bueno como el de hoy.

*Niñas.* Vaya vd. con Dios, señorita; hasta mañana si Dios quiere. ¿Y hoy no hay dulces despues de tantos bautismos?

*Directora.* Cuidado con las gracias de las niñas: pasado mañana: el domingo habrá premios.

*Niñas.* Gracias, gracias, señorita.

